



La prueba

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2016, respecto a la primera edición en español, por:

© Pepe Mel
© Editorial Samarcanda

ISBN: 978-84-16179-87-9

Ilustraciones: Luis M. Cabrera Patilla
Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Cuesta del Rosario, 8 41004, Sevilla
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

LA PRUEBA

Ilustraciones: Luis M. Cabrera Patilla

Pepe Mel



SAMARCANDA

*A mis padres por el amor que me
dieron, por cómo me educaron y todos
los sacrificios que tuvieron que hacer
para que yo cumpliera mis sueños.*

INDICE

Un día de partido	9
Día de colegio	33
Ha llegado una carta	39
Una chica especial	45
Viernes	55
Reunión en el callejón del fuego	61
Sábado	69
El Rata	73
Una arriesgada decisión y una agradable sorpresa	87
Dona Carmen y don Pablo	95
La prueba	109
Una ilusión y una confesión	127
Uno más	133



UN DÍA DE PARTIDO

—¡Bien!

La sonrisa era franca y llena de felicidad. Después de dos días enteros sin parar de llover, el sol brillaba en el cielo prometiendo una jornada llena de luz.

—Macius, macius (aquella era la original forma que Pepito tenía de llamar a su madre). ¿Dónde están mis botas nuevas? Hoy tenemos partido.

Pepito esperó un momento, pero la ansiada respuesta no llegaba.

—¡Sorda! —gritó— ¿Es que no oyes? Necesito mis botas.

El capón cayó como llovido del cielo y pilló a Pepito de improviso. Su madre le observaba con las manos en las caderas y en su cara se leía la promesa de una buena colleja a la menor protesta.

Y su madre era la mejor del mundo dando collejas.

—Tú sabrás dónde dejas las cosas; tienes el desayuno sobre la mesa de la cocina. Antes de nada, desayuna y te lavas la cara.

Pepito conocía bien a su madre y sabía cuándo era mejor perder batallas para tener opciones de ganar la guerra.

—Jo, busca las botas, mami, que yo no las veo y estoy esperando a Ángel —murmuró zalamero mientras se encaminaba hacia el succulento desayuno.

—Me importa un bledo tu amigo Ángel. Como te pongas chulillo, hoy no sales de casa —contestó doña Carmen, sabedora de que nunca en la vida privaría a su hijo de un sábado sin jugar su partido.

Pepito ya imaginaba la puesta en escena de su equipo, el mismo donde todos sus amigos le tenían por un crack. Le gustaba aquella sensación de sentirse admirado por todos cuando hacía regates imposibles para los demás que, sin embargo, a él le salían sin esfuerzo y de forma natural. Habían pasado toda la semana preparando la equipación; por vez primera todos irían vestidos de la misma forma. Resultaba



emocionante. El nombre ya lo tenían decidido, resultó tarea sencilla.

Días atrás, como todos los domingos, Pepito había ido con sus padres hasta Rascafría y aquel domingo de verano la Vuelta Ciclista a España pasaba justo por allí. Pepito, junto a su primo Felipín, se colocó junto a la carretera y, cuando ya se empezaban a aburrir y pensaba que estaban perdiendo el tiempo en lugar de jugar a la pelota, un gran número de ciclistas se dejó ver en la distancia. La gente les empujó y en mitad del griterío que se formó se vio atrapado entre el enorme culo de una mujer que aplaudía y la bicicleta de un melenudo con pintas de todo menos de deportista. Su primo había conseguido colarse, se deshizo de aquel enorme trasero aunque sin resultado alguno y, cuando ya la decepción y la impotencia le estaban llevando a la imprudente decisión de golpear la enorme masa de carne fofa embutida en una estridente y chillona malla de mercadillo, algo le golpeó en la cabeza.

Pepito se volvió presto para la pelea con su primo, pero detrás de él no había nadie. Y entonces lo vio: un bote de bebida le miraba desde el suelo, algún ciclista había saciado su sed vaciándolo por completo y había decidido arrojarlo a la cuneta de la carretera. Su primo Felipín no parecía haber reparado en el pequeño regalo y eso era un alivio.

Felipín era tres años mayor, más alto, más fuerte y también bastante más gordo. A menudo se lo recordaba a base de golpes, pero eso a Pepito no le importaba; quería a su primo y con nadie en el mundo estaba más a gusto hablando de la afición de ambos: el fútbol.

Pepito se agachó raudo y veloz para apoderarse de aquel preciado tesoro. Era blanco y, como si de un tablero de ajedrez se tratara, sobre la panza del bote unos cuadrados negros dejaban sólo espacio para una palabra escrita: Peugeot.

—¡Toma ya! —Pepito dejó que su mente viajara rápido. Como siempre, lo hacía en una sola dirección: el juego que amaba, le hacía feliz y en el que todos sus amigos le hacían sentirse especial... el fútbol.

—¡Peugeot club de fútbol!, pedazo de nombre, no creo que nadie se llame así. —Pepito miró el regalo que le había caído del cielo y de nuevo dejó la mente navegar—. Sí, ya lo tenía, medias blancas, pantalón negro y camiseta blanca con una raya negra que la cruce como la del River Plate o la del equipo de Juan el amigo de su padre que vive en Vallecas, el Rayito.

Aquel domingo por vez primera había estado preguntando la hora a su padre cada dos por tres, estaba deseando llegar a su casa y llamar a su amigo Ángel para contarle lo del equipo.

Pepito saboreaba una jugosa palmera. Su madre sabía que las de chocolate eran sus favoritas. Tras cada trago de leche gritaba:

—Macius, mis botas porfa.

—Las tienes en el baño; lávate esas legañas antes de salir de casa.

El timbre sonó imperioso y Pepito salió disparado hacia la puerta. Sólo los reflejos experimentados de doña Carmen, preparada para cualquier calamidad, impidieron que el tazón lleno de leche cayera al suelo.

Hubiera sido un mal comienzo de sábado.

—¿Qué pasa, tío?, ¿estás preparado? —Su amigo Ángel le miraba risueño desde el rellano de su puerta. Ángel era un año mayor que él, tenía el pelo rizado y moreno y algo que a Pepito le preocupaba y no le gustaba: siempre jugaba con sus gafas puestas.

—¡Jo, cómo mola, macho! —Ángel lucía feliz el nuevo equipaje. Las medias blancas y altas hasta la rodilla, el pantalón negro y ajustado al muslo, camiseta blanca y de manga



larga; y, sobre todo, lo que más les había traído de cabeza durante toda la semana: la fina y negra cinta que cruzaba desde el hombro derecho hasta la cadera izquierda.

—Vamos, Pepe. Todavía estas en pijama y hemos quedado abajo en cinco minutos.

—Ven, pasa y hablemos mientras me visto.

—¡Hola, doña Carmen! —gritó Ángel mientras corría por el pasillo detrás de un alterado Pepito.

—No corras, que acabo de fregar y te vas a caer —doña Carmen señalaba a su hijo con la bayeta en la mano.

La puerta de la habitación de Pepito se cerró detrás de los dos niños. El mundo real quedaba fuera, allí sólo tenían cabida la ilusión, la imaginación y la aventura. Pepito ya es-

